

Cien años del gijonés que trajo a España el amanecer democrático

El próximo martes, día 10, se cumplen cien años del nacimiento de Iñacua Fernández-Miranda y Hevia, gijonés, profesor de Derecho Político del anterior Rey de España, Juan Carlos I, y el tío que diseñó la carta de

navegación para conducir este país desde una férrea dictadura a una democracia hoy consolidada. Desde la presidencia del Consejo del Reino, con su estrategia de avanzar "de la ley a la ley", fue el mayor apoyo del Monarca para



desmontar el franquismo e instaurar, en un proceso ejemplar y admirado en el mundo entero, un régimen de libertades. La efeméride es un oportuno momento para acercarse de nuevo a la figura de este gigante de la

política moderna, que sirvió siempre a la Razón del Estado y que permanece en el olvido. Su personal independencia hizo que nadie en su tiempo, ni después, le entendiera y por eso resultó incómodo para todos.

conado sude ser el que escribe el guión. Hollywood está lleno de ejemplos. Seguramente, para una cabeza universitaria y jurídica, como la suya, el escribir o concebir fuera más importante que el hacer. Pero, para la gente, quien queda en los "titulos de crédito" de la película es el actor, y después, el director. Fue, sin duda, el "guionista" de la Transición. Hecho indudable. Pero fue más, muchísimo más, que el guionista de la Transición.

Puestos a meterlo en una metáfora de nuestra Transición. En la que fraga quiso hacer de Lutero. Escribió S. Zweig un libro, "Erasmo de Rotterdam", que se subtítulo "tráfico y tragedia de Erasmo". Era tráfico y esa tragedia son precisamente las de Fernández-Miranda. También él, como Erasmo, vivió tiempos de profunda Reforma, también él, como Erasmo, estaba lleno de claroscuros, como la época. Como Erasmo, fue un espíritu libre y nada amaba más que pensar por sí mismo.

era fanático de nada y le repugnaban profundamente los fanatismos. Nunca quiso saber nada de las especulaciones de su tiempo y de sus comunicaciones. Aborrecía genéricamente cualquier tipo de "tumulto" o de estallidos revolucionarios. Él estaba pa...

confuso. Miraba con agradecimiento a la tradición y admiraba a los espíritus cultivados, y le repugnaba todo lo grosero. Nunca quiso "permanecer" a nada, es decir, ser monigote de nadie. Su divisa fue siempre una muy personal independencia, sin pleitesías baratas. Todas esas grandezas de Fernández-Miranda constituyeron, a la vez, su tragedia. En el fondo, no le entendió nadie y fue incómodo para todos. Como todo hombre que se arriega a ponerse entre el agua y el fuego. "Tú un gibelino para los gibelinos y un gibelino para los gibelinos". Fue eso, vivió y murió así solo. Por eso cayó sobre él el olvido y en él sigue. Y por eso, de nuestra Transición han quedado otros nombres (Sáiz, Fraga o Feli...

pejó más que el supo. Era un espíritu demasiado fino para tantas pasiones e irracionalidades. Acabó eso igual que Erasmo y Jovellanos, con una marca de incredulidad y de melancolía, que es honda tristeza del alma.

Pero es Erasmo por otra similitud importante: "Porceptor de Principes". No hay que olvidar que Erasmo escribió, y se lo escribió además a nuestro Emperador Carlos V, un muy famoso tratado sobre la formación de los Principes, "El Instituto 'gionista de la Transición'". El origen de esa metáfora parece estar en una frase suya en una distinguida cena. Por más que gaste tantísimo, no es una metáfora afortunada. Quitá más que da y rebaja cuando parece ensillar. No hace falta entender mucho de cine para saber que en el trío de director-actores-guionistas, el que queda aris...

“ Su carácter y los dogmatismos de sus coetáneos crearon una sombra sobre su figura

La Historia le ponía siempre en el punto donde iban a ocurrir cambios importantes, la gran tormenta

El fue quien, en vez de envenenar el pecho del Príncipe, lo llenó de respeto al Derecho

Llegó montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no, el falangismo, pero no, el falangismo, pero no, el "espíritu universal"

Miraba agradecido a la tradición y nunca quiso pertenecer a nada, es decir, ser monigote de nadie

Avisó del peligro de hacer malarbismo con la soberanía, y con la idea de nacionalidades

toéles, que no hay sabiduría más distinta que la que sirve para sobornar a un Rey. Erasmo destaca en ese tratado que nadie causa mayor mal a un país que quien empuzcoza, con ideas letales, el pecho de un Príncipe. Es un acto especialmente criminal que equivale, dice Erasmo, a envenenar un pozo del que tiene que beber todo el pueblo. Por eso "nadie es más digno de honor que aquel que presta servicio leal y valiente en instruir al Príncipe con rectitud, sin esperar enloquecimiento privado, sino el servicio a la patria. Todo lo debe la patria al Príncipe bueno, pero, a su vez, la patria le debe ese mismo Príncipe a aquel que le hizo tal con sus sabias doctrinas." O sea, Fernández-Miranda. Sigue Erasmo: "elijase, por tanto, para esta tarea de preceptor... a hombres íntegros, incorruptos, graves, con larga experiencia... que sepan, como recomendó Séneca, reprimir sin injuriar y alabar sin adular. Todo eso lo cumplió, irreflexivamente, Fernández-Miranda. Y por eso le debemos fue quien, en vez de envenenar el pecho del Príncipe, lo llenó de respeto al derecho, a la ley y a la democracia y lo preparó para algo que aquí nunca había habido: una inteligencia parlamentaria. Como recalca Erasmo, no hay mérito más grande. Pues bien, a quien tiene ese mérito inigualable le seguimos poniendo una rumba honrosa, una maldita escatola o una misera calva, y nos hemos contentado con "pagarle" con una pobre metáfora: "gionista" de la Transición. Mejor sería llamarle por su auténtico mérito: Padre de los llamados Padres de la Constitución de 1978. Preceptor de Rey, Preceptor del nacimiento. Era fue el gran servicio a su país de ese "Admirable Consejero".

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

Así que el cumplió ejemplarmente aquello que era el pilar de la hermosa analogía de Platón en "La República": "Figúrate que en una nave o en varias otras cosas algo como lo que voy a decirte: hay un patrón más corpulento y fuerte que todos los demás de la nave, pero un poco torcido, otro tanto corto de vista y con conocimientos náuticos parejos a su vista y a su oído, los marineros están en reyería unos con otros por llevar el timón del barco con rectitud, sin esperar enloquecimiento privado, sino el servicio a la patria. Todo lo debe la patria al Príncipe bueno, pero, a su vez, la patria le debe ese mismo Príncipe a aquel que le hizo tal con sus sabias doctrinas." O sea, Fernández-Miranda. Sigue Erasmo: "elijase, por tanto, para esta tarea de preceptor... a hombres íntegros, incorruptos, graves, con larga experiencia... que sepan, como recomendó Séneca, reprimir sin injuriar y alabar sin adular. Todo eso lo cumplió, irreflexivamente, Fernández-Miranda. Y por eso le debemos fue quien, en vez de envenenar el pecho del Príncipe, lo llenó de respeto al derecho, a la ley y a la democracia y lo preparó para algo que aquí nunca había habido: una inteligencia parlamentaria. Como recalca Erasmo, no hay mérito más grande. Pues bien, a quien tiene ese mérito inigualable le seguimos poniendo una rumba honrosa, una maldita escatola o una misera calva, y nos hemos contentado con "pagarle" con una pobre metáfora: "gionista" de la Transición. Mejor sería llamarle por su auténtico mérito: Padre de los llamados Padres de la Constitución de 1978. Preceptor de Rey, Preceptor del nacimiento. Era fue el gran servicio a su país de ese "Admirable Consejero".

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

Así que el cumplió ejemplarmente aquello que era el pilar de la hermosa analogía de Platón en "La República": "Figúrate que en una nave o en varias otras cosas algo como lo que voy a decirte: hay un patrón más corpulento y fuerte que todos los demás de la nave, pero un poco torcido, otro tanto corto de vista y con conocimientos náuticos parejos a su vista y a su oído, los marineros están en reyería unos con otros por llevar el timón del barco con rectitud, sin esperar enloquecimiento privado, sino el servicio a la patria. Todo lo debe la patria al Príncipe bueno, pero, a su vez, la patria le debe ese mismo Príncipe a aquel que le hizo tal con sus sabias doctrinas." O sea, Fernández-Miranda. Sigue Erasmo: "elijase, por tanto, para esta tarea de preceptor... a hombres íntegros, incorruptos, graves, con larga experiencia... que sepan, como recomendó Séneca, reprimir sin injuriar y alabar sin adular. Todo eso lo cumplió, irreflexivamente, Fernández-Miranda. Y por eso le debemos fue quien, en vez de envenenar el pecho del Príncipe, lo llenó de respeto al derecho, a la ley y a la democracia y lo preparó para algo que aquí nunca había habido: una inteligencia parlamentaria. Como recalca Erasmo, no hay mérito más grande. Pues bien, a quien tiene ese mérito inigualable le seguimos poniendo una rumba honrosa, una maldita escatola o una misera calva, y nos hemos contentado con "pagarle" con una pobre metáfora: "gionista" de la Transición. Mejor sería llamarle por su auténtico mérito: Padre de los llamados Padres de la Constitución de 1978. Preceptor de Rey, Preceptor del nacimiento. Era fue el gran servicio a su país de ese "Admirable Consejero".

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

En una metáfora algo bobosa, dijo Hegel que Napoleón era como "el espíritu universal" a caballo. No vino en tan lustroso caballo Fernández-Miranda, que llegó a la historia montado en un viejo jumento, el falangismo, pero no trajo, a pesar de todo, la parte de ese "espíritu universal" que tanto necesitábamos, la Razón política moderna. Con lo que estamos ya en otro punto mediatario. La tesis doctoral de Fernández-Miranda está dedicada a la teoría del mal agustiniano. Para S. Agustín el mal no es una realidad en sí, sino sólo una negación o carencia del bien: "la falta de bien es lo que recibe el nombre de mal". El mal no es más que la corrupción del bien. Comprobase es dejar de ser. Mutatis mutandis, el mal de España estaba en la "Corrupción" de los Estados en un Estado venolido a menos y que habia dejado de "ser", y por eso, en la negación de la Razón. El mal era la inexistencia de un auténtico Estado. La misión a la que Fernández-Miranda consagró su vida fue a devolverle el Estado su bien: una arquitectura jurídica y política valiosa y racional. Lo que, antes o después, significaba establecer un Estado democrático con todos los derechos, instituciones y procedimientos. Y eso es lo que hizo, eso es lo que dejó listo para que se hiciera. Ese es el sentido profundo de la famosa fórmula de la ley a la ley."

Torcuato Fernández-Miranda, el Erasmo de la Transición

Una "revisita" al padre de los "padres de la Constitución", el más británico de los hombres de Estado españoles, que ayudó al Rey y a los partidos a hallar el camino

» Luis Meana

Por una determinación del azar por esas filigranas que traza la casualidad, murió Torcuato Fernández-Miranda donde seguramente debería haber nacido, en Inglaterra. La proeza marcial hizo visible lo que, para cualquier observador perspicaz, era una evidencia: que estábamos ante un conservador británico de libro. Quizá por eso el destino le llevó a morir a Londres, a la orilla opuesta del mar en el que había nacido. Esa mar es una presencia permanente en su vida, incluso en los muchos años que pasó, varado, en tierra seca. Decir mar es decir guerra. Con lo que estamos ante una constante de su vida: la historia le ponía en el punto donde iban a ocurrir cambios de importancia, con más precisión, donde iba a ocurrir la gran tormenta. Él era un humilde cementero que no es precisamente el Palacio de los Inválidos de Francia. Madrid no le ha dado ni una misera calle, cuando la tienen mil mediocre. Y en Gijón, donde tiene un querido pasaseo, nadie se ha molestado en poner una buena placa en la calle donde nació, ni se le ha procurado una tumba lúgubre, ni tampoco una estatua como la que, mercedosamente, tiene Jovellanos. Está Fernández-Miranda en la historia, peña porque en esa periferia nació, en medio de una de las mayores crisis y convulsiones que ha conocido la historia humana, cuando Churchill era un gran hombre y Alemania cortía caminos del devorato que se llamaría Hitler, un niño que era un don. Exagerando un poco, podríamos recordar aquella famosa profecía de Jesús que recata siglos después el Evangelio: "un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros, y su nombre será Admirable Consejero". Ese niño, que sería un día Admirable Consejero y sobre quien reposaría la soberanía, recibió el nombre de Torcuato y el apellido familiar de Fernández-Miranda y Hevia. Él ha ser la puerta más, y milagrosa, por la que España entrará en su "definitiva" modernización política, es decir, en el camino de las democracias occidentales, tantas veces rechazado. Lo

que es un logro a la altura de los luceros. Por eso se ven en su vida una historia política de España, un ciudadano de esta modesta villa, que no tiene palacios vistosos y un bello "atezco" de obreros, aldeanos y pescadores, iba a jugar un papel decisivo en el destino de España. La primera vez ocurrió con Jovellanos, en tiempos de la Revolución Francesa, en la lucha por una sociedad moderna liberal y unas Cortes democráticas, las de Cádiz. La segunda ocurrió con este niño y la Transición.

Paradójicamente, esta especie de Moisés de nuestra democracia no está sepultado en ninguna catedral, ni ha sido paseado solemnemente en arneses, ni tiene tumba en ningún panteón. Como pasa tantas veces en la historia de España, está modestamente "olvidado" en un humilde cementerio que no es precisamente el Palacio de los Inválidos de Francia. Madrid no le ha dado ni una misera calle, cuando la tienen mil mediocre. Y en Gijón, donde tiene un querido pasaseo, nadie se ha molestado en poner una buena placa en la calle donde nació, ni se le ha procurado una tumba lúgubre, ni tampoco una estatua como la que, mercedosamente, tiene Jovellanos. Está Fernández-Miranda en la historia, peña porque en esa periferia nació, en medio de una de las mayores crisis y convulsiones que ha conocido la historia humana, cuando Churchill era un gran hombre y Alemania cortía caminos del devorato que se llamaría Hitler, un niño que era un don. Exagerando un poco, podríamos recordar aquella famosa profecía de Jesús que recata siglos después el Evangelio: "un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros, y su nombre será Admirable Consejero". Ese niño, que sería un día Admirable Consejero y sobre quien reposaría la soberanía, recibió el nombre de Torcuato y el apellido familiar de Fernández-Miranda y Hevia. Él ha ser la puerta más, y milagrosa, por la que España entrará en su "definitiva" modernización política, es decir, en el camino de las democracias occidentales, tantas veces rechazado. Lo

que es un logro a la altura de los luceros. Por eso se ven en su vida una historia política de España, un ciudadano de esta modesta villa, que no tiene palacios vistosos y un bello "atezco" de obreros, aldeanos y pescadores, iba a jugar un papel decisivo en el destino de España. La primera vez ocurrió con Jovellanos, en tiempos de la Revolución Francesa, en la lucha por una sociedad moderna liberal y unas Cortes democráticas, las de Cádiz. La segunda ocurrió con este niño y la Transición.



PARLO MARCA

« A esta especie de Moisés de nuestra democracia, Madrid no le ha dado ni una misera calle, cuando la tienen mil mediocre, y en Gijón nadie se ha molestado en poner una placa en el lugar donde nació

esa atmósfera de desorientación y desorden apareció esta pequeña Estrella Polar que empezó a alumbrar las oscuridades y nos regaló el mapa político que había elaborado en su cabeza: el profundo y sensible sentido del derecho. Y con eso ayudó a muchos a encontrar su camino: al Rey, a los partidos, a la construcción jurídica. Sin él probablemente el destino hubiese sido otro y la Transición también.

Un libro, escrito hace unos meses por su sobrino-nieto Juan Fernández-Miranda y Fernández-Miranda (para que no queden dudas de la perspectiva), explica la historia vital de este niño gijonés tan esencial que la historia reciente de España. El libro ("El guionista de la Transición") recorre la biografía del niño estudiante, la biografía del joven profesor, la del incipiente político, y la del hombre de Estado. El libro relata un trozo «importante» de la historia última de España. Con soberanía, sin pesadas erudiciones académicas, con textos sabrosos, como el precioso de las nieblas y las brujas asturianas, con variaciones de interpretación y valoración, y con una innegable piedad familiar, que a veces deriva en lo suavecamente hagiográfico. Inclinación sentimental que no puede criticarse. Porque por encima o por debajo de apreciaciones, lo que sostiene al libro es una verdad inapelable: debe-

rámos "revisitar" —como dicen los anglosajones— a esta "olvidada" figura. Es decir, volver a revisar y analizar su "obra", y su importancia, a lo que, por muchas razones, se le ha dado poca. Hacer justicia a quien se le ha hecho poquísima.

Está Fernández-Miranda "enterrado" en una sonora y extensa metáfora: "gionista de la Transición". El origen de esa metáfora parece estar en una frase suya en una distinguida cena. Por más que gaste tantísimo, no es una metáfora afortunada. Quitá más que da y rebaja cuando parece ensillar. No hace falta entender mucho de cine para saber que en el trío de director-actores-guionistas, el que queda aris-